EL HIJO RECONOCIDO:

COMEDIA EN DOS ACTOS.

20

POR

DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

Representada en celebridad de los dias del Serenísimo Señor Príncipe de Asturias, con el Melo-Drama Trágico *Hércules y Deyanira*, el dia 30 de Mayo de 1799, por la Compañía de Francisco Ramos.



CON LICENCIA EN MADRID:
POR DON ANTONIO ESPINOSA, CALLE DEL ESPEJO.

Se hallará ésta con un surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias y Saynetes en la Librería de Gonzalez, calle de Atocha, frente de la Casa de los Gremios.

EL HIJO RECONOCIDO:

COMEDIA EN DOS ACTOS.

PERSONAS.

Don Pedro, padre de....................	Sr. Rafael Perez.
Don Josef, baxo el nombre de Martin.	Sr. Juan Carretero.
Don Matias, abuelo de Don José......	Sr. Antonio Soto.
Doña Francisca, madre de...............	Sra. Manuela Monteis.
Doña Rafaela...................................	Sra. Josefa Blason.
Un Criado..	Sr. Manuel Herrando.

La Escena se representa en Cádiz.

ACTO PRIMERO.

Salon con dos puertas laterales: Gavinete en el foro con bufete y sillas: sillas decentes repartidas por la escena: encima de una de ellas habrá un sombrero y un baston: aparece Don Matias almorzando, Don Pedro haciéndole plato, y Criados sirviéndole.

Matias. Vale un mundo mi Perico,
cómo en servirme se esmera!
Esto toca en demasía:
para almorzar qualesquiera
cosa basta; con un par
de pollos, unas chuletas,
una pierna de carnero,
unos sesos y unas fresas,
habia lo necesario.
Pero tú por qué no almuerzas?
Pedro. Estoy, padre, acostumbrado
á otras cosas mas ligeras.
Matias. Qué es esto?
Pedro. Huevos revueltos.
Matias. Aunque no tuviera muelas;
si nó me faltaran veinte,
conservaria completa
la dentadura: los hombres
que nacimos en la era
en que no habia detalles,
ni tampoco enciclopedias,
somos de distinta masa.
Parece que nó te acuerdas
de que bebo? Llénalo
con mil diablos.
Pedro. No quisiera....

Mat. Qué! qué! Yo no me emborra- (cho.
y si el vino me escaseas,
me vuelvo á Puerto Real.
Ya que has querido que venga
para recibir á Paca,
has de aguantar mis rarezas.
Y el chico?
Pedro. Está en el despacho.
Matias. Qué tal la casa maneja?
está impuesto en el comercio?
entiende el giro de letras?
ó es de los muchos mancebos,
que en Madrid llaman orteras,
que estan toda la semana
dando asaltos sin conciencia
al pobre caxon del amo,
para ir los dias de fiesta
á jugar á la pelota,
ó á tener una merienda
con su paisana la Paca,
la Blasa ó la Micaela?
Pedro. Todo al contrario.
Matias. Es buen mozo:
te escribí le recibieras,
porque se empeñó conmigo
el patron de la goleta
que le traxo de la Havana.
Pedro. De tal manera gobierna
los negocios de mi casa,
que en dos años que está en ella,
me ha hecho ver por el avanzo,
que habré ganado unos treinta
mil pesos.
Matias. Echame vino:
tú no quieres que yo beba.
Pedro. Ya ha bebido usté seis veces.
Matias. Perico, por Dios no mientas.
Pedro. Padre....
Matias. Si no le he probado.
Pedro. Observe usté la botella.
Matias. Es verdad, se me olvidó.
Y el chico dónde se encuentra?
Pedro. No lo dixe? en el despacho.
Matias. Haz al instante que venga,
que quiero darle un abrazo,
y de beber. Y qué piensas
hacer con él?
Pedro. Darle parte
en el comercio.
Matias. Debieras
haberlo hecho ya: no extraño
que tu casa se perdiera
con ese genio mezquino:
no tienes pies, ni cabeza,
ni la tendrás en tu vida.
Pedro. Queria usté que le diera
compañía en los negocios,
sin saber por experiencia
conforme los manejaba?
Matias. Vagatelas, vagatelas:
basta que yo le enviara,
para que tú no tuvieras
esos escrúpulos. Hombre,
que en nada te me parezcas!
Qué has sabido de tu hijo?
Pedro. Qué no quiere usté mas fresas?
Matias. No te hagas desentendido:
dónde está? dónde se encuentra?
Pedro. No me hable usté de ese asunto.
Matias. Es mi nieto, y me interesa:
quiero hablar, me da la gana.
Pedro. Que usté á un pícaro proteja!
Matias. Por qué es pícaro? por nada.
Pedro. Ah padre, si usté supiera!
Matias. Nada tengo que saber.
Tú qué hacias quando eras

de su edad? ir á los toros,
á los bayles, la alameda,
estirar la oreja á jorge,
pasar las noches enteras
en el barrio de la Viña:
todos fuimos calaveras;
debe antes mirar sus faltas
el que juzgue las agenas.
Pedro. Es verdad; pero las suyas
no pueden tener enmienda.
Matias. No? no? miren quien lo dice:
si pensará ser Profeta
el pedazo de alcornoque?
Pedro. Dexemos esas materias:
por ellas, como usté sabe,
nos separamos: por ellas
estámos años sin vernos.
Matias. Porque tú eres un tronera,
qué por todo te alborotas:
si tuvieras mi paciencia...
Y el chico viene, ó no viene?
Me matas con esa flema:
ve por él con mil demonios.
Pedro. Es insufrible. *Vase.*
Matias. Qué rezas?
Ya Perico tiene mosca:
no me importa que la tenga;
le he de decir lo que siento,
y tómelo como quiera.
Pero qué acabado está!
me parece que chochea.
Lo que tarda! lo que tarda!
Como el muchacho no verga,
bien pueden echarme un galgo.
Sale José. Señor....
Matias. Martinico llega,
que bien merece mis brazos
un muchacho de tus prendas:
eres un gallardo mozo,
lo que has crecido! me llevas
cinco ó seis dedos: me ha dicho
Perico que le fomentas
terriblemente la casa,
y que pronto darte piensa
compañía en el comercio:
pobre de él si no lo hiciera,
nos veriamos las caras; (pa
no hay mas que encontrar quien se-
hacer con actividad
el comercio en esta tierra!
hay poquísimos Martines.
José. Usté en honrarme se empeña
mas de lo que yo merezco.
Martin. Si tú no lo merecieras,
seguro está que te honrase:
dime la verdad, no mientas:
qué tal te vá con Perico?
teneis muchas peloteras?
José. No señor, porque me trata
como si mi padre fuera.
Martin. Pues es milagro en su génio;
y te dá muchas licencias?
José. Como no salgo de casa,
no le importuno con ellas.
Matias. Mal hecho: por qué no sales?
José. Me enfadan las concurrencias.
Matias. Esa es mucha austeridad;
ir á la puerta de tierra
con los amigos á echar
quatro brindis.
José. No me dexa
el cuidado de la casa.
Martin. El cuidado! las pesetas;
le tendrá sin un ochavo:
vea usté qué recompensa!
toma estas quatro medallas.

José. Yo no necesito de ellas.
Matias. Quiero, quiero; y si Perico
en adelante no piensa
de otra manera contigo,
despídete; y si deseas
proseguir en el comercio,
no pases ninguna pena.
Aquí para entre los dos
sin que Perico lo sepa,
tengo un sótano en mi casa
en donde guardo cincuenta
talegas para mi nieto,
ese muchacho que cuentan
que ha hecho tantos disparates,
y que su padre se empeña
en que no se ha de enmendar.
José. Pues yo sé que lo desea.
Matias. Qué dices? tú le conoces?
José. Sí señor.
Matias. Dónde se encuentra?
José. En Cádiz.
Matias. Por qué á su padre
ó á mí no se nos presenta?
José. No quiere manifestarse
hasta que el perdon merezca.
Matias. Pues tú dirás dónde está.
José. No puede ser.
Matias. De por fuerza,
de lo contrario reñimos.
José. Pero señor:::
Matias. No me vengas
con escusas.
José. Aún no es tiempo,
no ha borrado con su enmienda
todavia sus defectos.
Mat. Con que yá á enmendarse em- (pieza.
José. Si señor.
Matias. Perico?
José. Cielos!
no conviene que lo sepa.
Matias. Pues yo lo quiero saber,
conmigo gastas reserva?
vaya! vaya! perdulario,
picaruelo::: nada temas,
no llores, que aunque me enfado,
no es Martinico de veras:
donde está mi nieto? vamos.
José. Desde luego lo dixera,
si usté guardase secreto.
Matias. No saldrá de mí.
José. De veras?
Matias. Nací en el siglo pasado.
Dónde está, dónde se encuentra?
José. A vuestros pies humillado.
Matias. Tu mi nieto! me enagena
la alegria..... tú Pepito!
el hijo malo, el que piensan
que vá á deshonrar su casa?
si aquí á tu padre cogiera
le habia de artar de palos.
José. Un exceso de terneza
causaria una injusticia:
padre con razon se queja
de este hijo malo.
Matias. Bueno,
pues supo adoptar la enmienda.
José. No soy digno de ese nombre
sin rectificarme en ella:
necesito de mas tiempo,
tengo que dar otras prebas:
que aquel que pierde el concepto,
para que á cobrarle vuelva
necesita muchos años
del crisól de la experiencia.
Mat. De nuevo vuelve á mis brazos,
me ha gustado la respuesta.

Sale Pedro. Qué es esto padre?
Matias. No es nada.::
Perico, si tú supieras:::
le he dado quatro medallas,
y le daré quatrocientas
si las quiere: se lo digo?
se lo digo?
José. No me pierda
usté.
Matias. No te dé cuidado,
que yo cumplo mis promesas.
Pedro. Del semblante de los dos
yo no se qué inferir deba.
Matias Aquí tienes una alhaja,
que vale mas que tú piensas.
Pedro. Ya lo se.
Matias. Pues no lo sabes.
Pedro. Padre si por él no fuera,
sé que yá hubiera quebrado.
Matias. Qué es lo que habla usté de
vivo yo. (quiebras?
Pedro. He gastado mucho
con aquel mala cabeza,
aquel bribon de mi hijo:
sabe ustéd á quánto llegan
las deudas que ha contraido?
Matias. A quánto llegan?
Pedro. A ochenta
mil duros: es un infame,
me ha perdido.
José. Qué vergüenza!
Matias. Por eso Martin te gana:
obra de la Providencia.
Pero Perico, y tu hermana
no sabremos quándo llega? (mismo?
Pedro. No le he dicho á usté que hoy
Matias. Y te estás con esa flema?
Pedro. Si no llega hasta las diez.
Matias. Con todo, viene por tierra?
Pedro. Así parece.
Matias. Las ocho
dadas: mis trebejos vengan,
yo no paro hasta encontrarlas,
aunque sepa andar dos leguas:
tu estás hecho un carcamal,
nada importa que no vengas. *Vase.*
José. No vá usté?
Pedro. Es muy temprano.
José. Pues á qué viene esa priesa?
Pedro. La quiere con mucho extremo,
y merece que la quieran,
porque Paca es muy bonaza,
aunque tiene sus rarezas:
tú no la has visto?
José. Yo no.
Pedro. Es verdad, si estaba fuera
quando vinistes: un pleyto
los perjuicios que acarrea!
ella estaba aquí tranquila
con su hija Rafaela,
y tuvo que irse á Madrid
para avivar la caterva
de escribas y fariseos
que á los pleyteantes rodean.
José. Pero le ganó?
Pedro. Y con costas,
y vá á estar como una Reyna.
José. Con que es un buen mayorazgo?
Pedro. De dos mil pesos de renta.
José. Yo lo creo.
Pedro. Alégrate,
que á tí tambien te interesa.
José. Siempre de vuestras venturas
me doy yo la enorabuena.
Pedro. Mas serán tuyas que mias.
José. No entiendo á usté.

Pedro. Porque veas
que deseo á tus servicios
dár aquella recompensa
que merecen, siéntate
mientras de la papelera
saco unas cartas.

José. Qué es esto,
que el corazon todo tiembla?

Pedro. Lee Martin, y de tu Amo
la desgracia considera.

José. » Querido hermano: quando
» pasé á México, te pedí un hijo
» que tenias de quatro años; me le
» diste::: «

Pedro. Nó, no es esa: á ver esotra
como dice?

José. Dura pena!

» Así que Pepe ha cumplido quin-
» ce años, se ha abandonado de
» tal modo á todas sus pasiones,
» que ni la razon ni la autoridad,
» le pueden contener: si no se cor-
» rige, me veré en la precision de
» deshacerme de un sobrino ingrato,
» y de volverte un hijo malvado.«

Pedro. Aún no es esa todavia.

José. Que no me mate la pena!

Pedro. A ver esa? con efecto.

José. Me falta la resistencia.

» Las iniquidades de tu hijo ya
» han llegado á su colmo: despues
» de haber estado tres meses en una
» cárcel pública, ha salido desterra-
» do de México y veinte leguas en
» contorno: yo no quiero saber mas
» de él: haz tú lo mismo, porque
» sin duda vá á ser la afrenta de
» nuestra familia: ahí te envio una
» razon de lo que te ha malversado á
» fin de que::: «

Pedro. Basta: vuélveme esas cartas,
porque el contenido de ellas
te comprime demasiado:
he querido que las leas,
para que de ningun modo
te opongas á mis ideas.
Yo he resuelto emancipar
á este hijo; en vano intentas
pedir por él::: mis caudales
y mi paternal terneza
van á recaer en tí.

José. Señor:::

Pedro. No me reconvengas,
que seria ser injusto
proceder de otra manera:
tus virtudes te conceden
lo que á él los vicios le niegan:
Martin yá eres hijo mio,
entre mis brazos te estrecha.

José. Yo admito tan dulce nombre,
pero no vuestras riquezas.

Pedro. Mis riquezas y aun la novia
que la tenia propuesta:
toma las llaves de todo,
hazte cargo de las letras,
parte y gira como gustes.
Desde hoy corren por tu cuenta
los negocios de mi casa:
quieres otra recompensa?
quieres que haga mas por tí?

José. Y si aquel hijo se enmienda?

Pedro. No se enmendará jamás.

José. Quizá, señor, la experiencia:-

Pedro. Está obscecado en el vicio.

José. Sabe usté dónde se encuentra?

Pedro Ni solicito saberlo.

José. No sabiendo con certeza
si permanece en el vicio
ó si ha adoptado la enmienda,
se tendrá por desacierto
el privarle de la herencia.
Pedro. Quien protege la maldad
se hace partícipe de ella;
y así, señor Don Martin,
si usté mi gracia desea,
á hablarme mas de un vicioso
en toda su vida vuelva.
José. No lo puedo remediar,
compadezco sus flaquezas.
Pedro. Toma y mira estas facturas
mientras que mi hermana llega:
qué providad! qué virtud!
que mi hijo así no sea! *Vase.*
José. Qué esperanzas tener puedo
en vista de su dureza!
su rencor es implacable,
de nada sirve la enmienda:
de nada? si no me sirve
de grangearme su clemencia,
me servirá para dar
á todo el mundo una idea
de que no hay hombre tan malo
que corregirse no pueda:
vamos á ver las facturas;
estas dos son de Marsella,
siendo el pago en vales reales,
pueden tener mucha cuenta
estos géneros: veamos
la de Amsterdam: la manteca
de Flandes cómo ha subido
desde la pasada guerra!
la suma de esta factura
parece que está mal hecha:
ocho y nueve diez y siete,
veinte y cinco y cinco treinta:
tampoco sale: volvamos:
tengo un peso en la cabeza:
ahora sale mucho mas:
como este quarto está cerca
de la calle, hay tanto ruido:
cerraré la papelera,
y me pasaré al despacho:
un coche paró á la puerta,
si habrá venido mi tia?
sentiré que su hija sea
la novia que quieren darme,
que aunque sacando dispensa
se facilitaba todo,
me pone en la contingencia
de tener que descubrirme
antes que el perdon merezca
de padre; qué de cuidados
mis estravios me cuestan! *Vase.*

Salen Doña Francisca, Doña Rafela y Don Pedro, la primera de petimetra segun se vestia veinte años hace, y la segunda del dia.

Fran. Vaya que os habeis portado.
Pedro. No me rompas la cabeza.
Por qué has venido por mar?
Fran. Porque no vine por tierra.
Pedro. Y ha ido el Abuelo á esperarte!
Fran. Estaba la mar serena
y por atajar camino,
me embarqué en el puerto.
Pedro. Buena!
buena la tendrás con padre!
Fran. Riñe, alborota, vocea,
peró luego se le pasa.
Pedro. Jesus y qué petimetra!
Raf. Poco ha gruñido mi madre.
Fran. Y con razon; si no fuera

por el decir de las gentes:-

Pedro. Iria con la rareza
de los vuelos, la bufanda,
los broches y la escofieta.

Fran. Perico, cómo ha de ser,
cada loco con su tema.

Pedro. Que los usos de los tiempos
antiguos dexar no puedas!

Fran. A fé que iban los negocios
entónces de otra manera,
y no que hoy todos tenemos
trastornadas las cabezas:
no hay mas que toma la industria
y daca el comercio, ciencias
por arriba, economía
por abaxo, mucha idéa,
mucho plan, mucho proyecto,
si señor, grandes arengas,
y al fin paja: voto á cribas,
que es una mala vergüenza
querer reformar las cosas,
quando han pasado por ellas
el exâmen de dos siglos,
de quatro, de una docena;
y qué siglos!

Pedro. De cien años,
lo mismo que otro qualquiera.

Fran. Yo sigo una regla breve
y segura.

Pedro. Sí, una regla
breve y segura juzgar
de las cosas por la fecha.
Dexémonos de qüestiones,
y al asunto: Rafaela
sabes que te tengo un novio?

Fran. Pero piensa á la moderna?
si es alguno de estos monos
que hacen gala de ser hembras,
ya puedes doblar la hoja.

Pedro. Si vieras cómo maneja
los asuntos de la casa!

Fran. Usa levítica? lleva
pantalon? gasta peynado
como los búfalos? piensa
con el juicio y el talento
con que piensa la caterva
de holgazanes eruditos,
que anda cursando las ciencias
en las aulas de las fondas?
Es de aquellos que se emplean
en leer bien el francés
y el español deletrean?

Pedro. Oyelo. *Hablan con misterio.*

Raf. Quién será el novio?
si yo escucharlos pudiera!
hablan tan baxo...

Fran. Qué quieres?

Pedro. Es la novia y le interesa.

Fran. No quiero que sea curiosa.

Raf. Toma! tambien esta buena!
yo quiero saber quien es.

Fran. Mira, mira que respuesta:
de todo tiene la culpa
ese trage á la moderna:
la peluquita con nudos,
el corbatin, la chaqueta
á lo usar, y el quadrado
bordado de oro en las medias.

Pedro. Muger el trage...

Fran. Los trages!
nadie sabe la influencia
que tienen en las costumbres.

Pedro. Dexémonos de simplezas.

Fran. Verdades.

Pedro. Le quieres ver?

Fran. Ahora mismo: Rafaela

mira si traen los cofres.
Raf. Que si quieres!
Fran. No quisiera
que le viese ántes que yo,
por si no le tiene cuenta.
Pedro. En dónde se habrá metido?
Está en el despacho: llega
que se ha quedado dormido.
Descorre una cortina y aparece Don José dormido.
Fran. Mas rubio es que unas candelas.
Dios le bendiga.
Pedro. Te gusta?
Fran. Qué perfecciones tan bellas!
qué color tan sonrosado!
todo el corazon me alegra.
Raf. Yo me acerco de puntillas
porque madre no me sienta.
Pedro. Qué te ha parecido?
Fran. Ay!
Pedro. Suspiras? de qué te quejas?
Fran. Del picaron de Cupido *ap.*
que me ha tirado una flecha!
se le dá un ayre al difunto,
y su falta me recuerda.
Raf. No puedo verle la cara,
me empinaré.
Pedro. Su presencia
con sus bellas qualidades,
no tiene que ver.
Fran. A legua
se conoce: no cierres
todavía.
Pedro. Si deseas
hablar con él...
Fran. No le llames
hasta tanto que le vea
á mi gusto.
Raf. Ya le he visto,
y es lo mismo que unas perlas.
Fran. Quién me pisa?
Raf. Yo no soy.
D. Matias. Perico?
Pedro. Padre vocea,
vamos.
Fran. Me las pagarás. *le dá un pellizco.*
Raf. Yo qué hago?
Pedro. Calla Rafaela,
no hagas caso de tu madre.
Fran. Te acordarás de la fiesta. *Vanse.*
Raf. Qué génio tiene mi madre
tan condenado! no cesa
de reñir en todo el dia,
me aburre, por salir de ella,
con el primero que llegue
me he de casar, aunque sea
un gallego de una esquina.
José. Yo me dormí con las cuentas.
Raf. Si me aprieta un poco mas
pronto saltará la cuerda.
José. Calla, quién está llorando?
Raf. Buen empeño es que no vea
á mi novio; le veré
y tres mas.
José. Salir es fuerza
á la sala:- qué he mirado!
no he visto mayor belleza!
no llore usté.
Raf. Yo no lloro... *disimulando.*
José Uste tiene alguna pena,
no hay remedio.
Raf. Demasiadas.
José. Me enamora su inocencia.
Es usté la sobrinita
de mi amo?
Raf. Sí, la mesma.

José. Se completaron mis dichas.
Raf. Qué tiene usté? en qué piensa?
José. Como el giro de la casa
corre todo por mi cuenta...
Raf. Despues tendrá usté lugar
para pensar en las letras.
Le han dicho á usté una cosa?
le han dicho á usté lo que piensan
hacer con los dos? Le han dicho
que ya tengo yo de renta
dos mil pesos, y que soy
mayorazga?
José Qué inocencia!
Raf. Embebido en los papeles
usté no me dá respuesta
á ninguna cosa, y yo
quisiera que me la diera,
porque si usté no es gustoso
no sirve que yo lo sea.
José. Yo lo soy.
Raf. Sí! lo es usté?
José. Pero es menester paciencia.
Raf. Si me consume mi madre!
si respirar no me dexa.
José. Sin embargo es necesario...
Raf. Quiere usté dexar las cuentas?
Llévelas usté al despacho.
José. Las llevaré porque vea
uste que quiero servirla.
Raf. Qué ayroso! Porque no vuelva
á dormirse yo le sigo,
ay ay...
Sale Doña Francisca y se lleva á Rafaela.
José. Qué voces son estas?
Quién la quita de mi vista?
Si será su madre aquella,
Cielos! Solo me faltaba
para colmo de mis penas,
que no aprobase su madre
lo que ya el amor aprueba.

ACTO SEGUNDO.

Sale Doña Rafaela llorando, vestida con un trage igual al de su madre.
Yo no sé por qué mi madre
de esta manera me ha puesto,
pareceré un espantajo
con la escofieta, los buelos
y la bufanda: maldito
sea el demonio; no quiero,
no quiero ea; si el novio
me vé con este adefesio,
me aborrecerá al instante;
y eso es lo que está queriendo
mi madre... yo la conozco,
si no puede con su génio;
es sumamente envidiosa.
Sale Doña Francisca.
Qué es esto? Qué estás diciendo?
Dilo.
Raf. No decia nada.
Fran. Yo bien digo! y si te vuelvo
á escuchar otra palabra,
desde aquí vas á un Convento.
Raf. Mas que siquiera.
Fran. Muchacha
te has vuelto loca?
Raf. Si veo
que quiere ustéd aburrirme,
qué he de hacer?
Fran. Mudar de génio,
obedecer y callar,
que así hacia de tu tiempo.
Raf. Si parezco una vision.

Fran. Tan de moda ha sido eso
como el trage que llevabas,
y últimamente no quiero
que una niña de tu edad
sea la irrision del pueblo
con un trage tan profano
Raf. Pero madre...
Fran. No hay remedio.
Raf. No le llevaba en Madrid.
Fran. Pues en Cádiz no es lo mesmo.
Esas modas, esos trages,
son tan solamente buenos
para una muger de juicio,
de gravedad y respeto,
que no pueda en los muchachos
causar malos pensamientos:
ya yo no quiero mas cargos
de conciencia, que hartos tengo
con los que se me han subido
al desvan del pensamiento.
Yo voy á salir de casa
á ver si al criado encuentro:
tarda tanto, que entre mí
toda me estoy deshaciendo,
con que así... Y eso?
Sale el Criado. Aquí está.
Fran. Toma y guardame secreto.
A lo que me obliga amor;
pero no hay otro remedio. *Vase.*
Raf. Qué le traes?
Criado. Estos duros
han puesto á mi boca un sello. *Vase.*
Raf. Pues no ha querido decirlo,
yo procuraré saberlo:
no se puede abrir la puerta,
madre se encerró por dentro.
Por el hueco de la llave
veré si atisvarla puedo,
qué sacará del caxon? (abuelo
Sale José. Mientras mi padre y mi
están mirando el avanzo,
veré si á mi prima encuentro:
sus encantadoras gracias
me robaron el sosiego,
y así trato ::- mas qué miro?
Raf. Dios mio lo que está haciendo!
Mi madre se ha vuelto loca.
José. No puede ser, no lo creo,
este no es el bien que adoro.
Mas puede mentir su aspecto?
Puede mentir su estatura?
Yo no sé qué inferir debo
de esta mudanza de trage.
Así de dudas saldremos.
Señorita?
Raf. Quién me llama?
Qué vergüenza! Si no quiero,
si no quiero. *Vase.*
José. Mire usté...
Por qué se irá tan corriendo?
Puede que la hayan reñido,
puede que no sea el dueño
que me tienen destinado,
y conociendo su afecto
la han prohibido el hablarme:
aunque con ansia deseo
vencer el odio de un padre
con las armas del respeto,
si he de aspirar á su logro,
renunciando su embeleso,
no sé si mi corazon
tendrá valor para ello:
desde miarla á quererla
no hubo intervalo en mi pecho,
pues sus brilladores ojos
imitan del rayo el fuego,

y hacen ántes el estrago
que se oiga el terrible estruendo.

Sale Matias. Yo me he quedado asombrado,
no lo creyera sin verlo,
qué muchacho! Cómo entiende
los asuntos del comercio!
voy á darle mil abrazos:
qué tienes? Estate quieto;
esto es que aquel votarate
le ha dado algun sentimiento.
Perico? Lo mismo está
que una tapia. Qué te ha hecho?
qué te ha dicho? Si me enfada,
canto de plano el secreto,
y le envio noramala.
Quiéres? quiéres?

José. Aun no es tiempo;
su paternal bendicion
todavía no merezco.

Matías. Si no mereces la suya,
mereces la de tu abuelo.
Perico?

Sale Pedro. Señor?

Matías. Señor! Qué pachorra! Yo no creo
que tú seas hijo mio.
Y del chico qué tenemos?

Pedro. Desde hoy corre con la casa.

José. Me ha dado mas que merezco.
Me ha adoptado por su hijo.

Matías. Si Perico, es mucho cuento:
del palo saltó la astilla.

Pedro. Le dexo por mi heredero,
y le he ofrecido la novia
que le estaba previniendo
al picaron de mi hijo.

Matías. Pues á casarse corriendo,
no sea que aquí se emboque,
y le plante impedimento.

Pedro. Se guardará.

Matías. Y si lo hiciese?

Pedro. Vendrá tarde, que aquí tengo
estendida la escritura
de la adopcion, y allá dentro
queda la novia.

Matías. Pues tonto,
en qué piensas?

Pedro. Vuelvo, vuelvo.

Matías. Firma, firma la escritura,
que luego los casaremos. *Vá á firmarla.*
Hombre, qué bruto es tu padre!
cómo se engaña á sí mesmo!
pobre diablo!

Pedro. Aquí está ya,
toma y guarda el documento,
desde hoy ya eres hijo mio.

Mat. Quándo ha dexado de serlo? *ap.*

Pedro. Que venga ahora el libertino.

Matías. Pues creo que no está lexos.

Pedro. Viene por mar ó por tierra?

Matías. Qué colérico te has puesto!

Pedro. Se me ha exâltado la vilis:
como tenga atrevimiento
de ponerse en mi presencia,
le dexo en el sitio muerto,
me tiene muy ofendido,
son muy grandes sus excesos.

José. Padre por Dios...

Pedro. Dexame.

José. Qué esperanzas tener puedo
en vista de su dureza!

Matías. Tú dexa hacer á tu abuelo.
Perico, Perico vaya,
no lo tomes tan á pechos.

Pedro. Hasta quitarme la vida
no ha de parar el perverso.

Matías. Sosiegate y al asunto,

que todo tendrá remedio.
Qué falta para casarlos?
Pedro. Falta lo mas y lo ménos,
que los dos novios se vean,
y den su consentimiento.
Matías. Yo iré á buscar á la novia.
José. Quién se vió en mayor aprieto!
Pedro. Ya que te hago donacion
de mi paternal afecto,
corresponde agradecido
al favor que te dispenso. *Vase.*
Fran. Quién es?
Matías. Abre con mil Santos,
pronto del paso saldremos. *Vase.*
José. Yo no sé lo que me pasa,
todo alhaga mis deseos,
pero este acaso anticipa
mi fatal descubrimiento.
Sale Mat. Jesus, Jesus qué demonio! *va.*
José. Por qué hará estos aspamientos?
Sale Fran. Allí está: valgame Dios
qué digecito tan bello!
Voy hacer una locura,
lo conozco desde luego,
pero en amor son mas locos
aquellos que son mas cuerdos.
Yo salgo: Es usté el novio?
José. Señora así lo ha dispuesto
mi bienhechor, y es preciso
que obedezca su precepto.
Fran. Luego lo es por obediencia?
José. Si señora, porque creo
que el dueño que me destina
me excede en merecimientos.
Fran. Hagase usté mas favor,
no se eche usté por el suelo,
que aunque la novia ha heredado
algunos miles de pesos,
el mérito que usté tiene
no se paga con dinero.
José. Qué derretida es mi tia!
Fran. Quál me mira el picaruelo,
usté querrá ver la novia?
José. Si señora, lo deseo.
Fran. Pero ya la tendrá vista.
José. Tampoco negarlo puedo.
Fran. Le gusta á usté?
José. Infinito.
Fran. Qué le ha parecido?
José. Un Cielo.
Fran. Aunque lisonja, lo estimo;
usté sin duda es de aquellos
que no gustan de mocosas,
y hacen bien, que en estos tiempos
es una joya apreciable
una muger de talento,
que sepa ya lo que es mundo,
que abomine los cortejos,
y que quando se atavie
sea con el fin honesto
de agradar á su marido,
como lo hice en algun tiempo,
y lo haré, mediante Dios,
si tengo ocasion de hacerlo.
José. Yo no entiendo lo que dice.
Fran. Se ha quedado usté suspenso?
No lo estraño, el matrimonio
es cosa de mucho peso,
y necesita pensarse.
José. Cada vez la entiendo ménos.
Fran. Qué reparos tiene uste?
Aquí tiene usté asiento.
José. Señora...
Fran. Yo soy así,
agasajo á los sugetos
quando son de mi cariño.

José. Si ella es la novia, estoy fresco.
Fran. Qué obstáculos halla usté?
Digamelo sin rodeos.
La casa la encuentra puesta,
de caudal hay cien mil pesos,
sin contar un mayorazgo
que renta dos mil lo ménos.
Si no fuese ustéd hidalgo,
nada importa el nacimiento,
que el amor sabe igualar
los grandes con los pequeños,
el génio es como una malva,
la edad... quien busca talento
y prudencia en su consorte,
la mira con menosprecio:
si usté gusta de caballos,
se comprarán un par de ellos:
cómo le gustan á usté?
Tordos, pios, vayos, negros
ó de color de isabela?
Para un virlocho que tengo
sin estrenar á la Inglesa,
estos últimos son buenos:
yo siempre he gastado coche,
porque tengo para ello:
ustéd hará y deshará
como que de todo es dueño;
si quiere se estará en Cadiz,
si no quiere nos iremos
á la Corte, sin embargo
que estoy harta de aquel pueblo:
qué corrupcion de costumbres!
qué luxo! qué desenfreno!
qué prado! Es casi imposible
que no sea el mismo infierno.
Piensa uste que muchas niñas,
le miran como paseo?
No hijo mio: le frequentan
con otros fines diversos.
Pues el rio? y las delicias?
Nos iremos á otro pueblo,
que si son locas las niñas,
mas las viejas, y no quiero
que se esponga usté á pasar
desde marido á cortejo.
José. Yo no sé qué responderla.
Fran. Ya comprehendo ese silencio
de que nace: uste quisiera
quitar estorvos de enmedio.
Le incomoda á usté la chica,
se la pondrá en un Convento.
José. Esto mas! Ella es la novia,
exâsperarla no debo
por respetos de mi padre,
y no perder lo que quiero.
Fran. Eran esos los reparos?
Si hay otros los venceremos,
que yo á todo estoy resuelta:
ay amor cómo me has puesto!
José. El tratar un matrimonio
es un asunto muy sério,
y no debe atropellarse.
Fran. Tambien estaba yo en eso.
Mientras se arreglan las cosas,
en público seguiremos
con un cierto disimulo,
pero á solas... hechicero
no me des esas miradas,
que me atraviesas el pecho.
José. Pues no la miraré á usté.
Fran. Nada de eso, nada de eso,
mirame, pero me quieres?
José. Me lo manda asi el respeto.
Fran. El respeto no, el amor.
José. Como usté guste.
Fran. Es modesto

y apocado: no es estraño
todavía en el aspecto
guarda el virginal rubor.
Con que quedamos en eso?
José. Si señora.
Fran. A Dios bien mio.
José. Su flaqueza compadezco.
Fran. Otra vez volvió á mirarme:
se lograron mis deseos. *Vase.*
José. De tal suerte, ay de mí triste!
se encadenan los sucesos,
que ya es fuerza declararme.
voy á verme con mi abuelo
á fin de que...
Sale Matias. Donde vás?
José. En busca de usté.
Matias. Me alegro.
En qué estamos de la boda?
Te dió su consentimiento
la Paquita?
José. Que sé yo. (ello?
Matias. Pues qué no conviene en
José. Si señor; mas no pudiera
diferirse el casamiento?
Matias. Conviene hacerle al instante.
José. Si conviene y no hay remedio,
estoy pronto al sacrificio.
Matias. Sacrificio? Nada de eso,
si no te ha gustado dilo.
José. Como es tanto el parentesco...
Matias. La quieres ó no la quieres?
Claro.
José. Señor no la quiero.
Matias. La has visto bien?
José. Y de cerca.
Matias. Aquí media algun respeto,
que de no, no despreciaras
una muchacha sin pero.
José. Y tiene mas de treinta años.
Matias. Y cumple quince en Enero.
José. Pues cómo tiene una hija?
Matias. Dios mio qué sacrilegio!
Calla esa boca maldita.
José. Si me lo ha dicho á mí mesmo.
Matias. Tú has perdido la cabeza:
pronto desmentirte espero.
No está aquí: veré allá fuera:
me vuelve loco mi nieto. *Vase.*
José. Todo quanto el uno dice
lo desdice el otro luego,
y no sé qué resolver;
algun engaño encubierto
hay aquí precisamente.
En pocas horas de tiempo
qué de cosas me han pasado!
pero ya vuelve mi abuelo.
Raf. No quiero, dexeme usté.
La saca por fuerza.
Matías. Conmigo no sirven fueros,
has de salir de por fuerza.
Raf. Si estoy hecha un estafermo,
si parezco á Doña Urraca.
Matías. Digame usté caballero,
es esta niña la novia
que ha mirado con desprecio?
José. Ay Rafaela! ay bien mio!
Raf. Calla ingrato, aleve, fiero,
que despues de los desayres
vienen muy mal los requiebros.
José. No entiendo á usté, señorita.
Raf. No ha dicho ustéd á mi abuelo,
que no me quiere?
José. Yo? *Matias.* Tú.
José. Ya el engaño he descubierto.
Podia yo derpreciar
el bien que tanto deseo?

Raf. Como parezco un diablito,
no era extraño.
Matias. Y qué se ha hecho
la novia de los treinta años?
Raf. No comprehende usté el enredo?
Esa seria mi madre:
mire usté cómo me ha puesto,
á fin de quitarme el novio.
Mat. Voto á crivas de que es cierto:
miren con qué fin se puso
tantos moños y embelecos:
miserable, miserable
pecadora! á lo hecho pecho.
Aquí no hay mas que callar,
y todo tendrá remedio.
Raf. Con que puedo estar segura?
José. No dude usté de mi afecto.
Raf. Le quiero á usté tanto, tanto...
Mat. No es tiempo ahora de requie-
despues os queda lugar; (bros:
vete al quarto....
Raf. Si no puedo.
Que no salga usté de casa,
sin decírmelo primero.
Matias. No te has ido?
Raf. Ya me voy.
José. En sus ojos yo me quemo.
Raf. Acuérdese usté de mí,
como de usté yo me acuerdo.
Vase al quarto.
Matias. Qué te parece que hagamos
en el caso en que nos vemos?
José. Disponga usté lo que guste.
Matias. Con que quedamos en eso?
Míralo bien.
José. Ya lo dixe.
Matias. Llámame á tu padre luego.
José. Pero qué piensa usté hacer?
Matias. Ya lo sabrás con el tiempo.
José. El corazon no sosiega
entre el amor y el respeto. *Vase.*
Matias. Si supiera mis designios,
cómo estaria mi nieto!
Miéntras que viene su padre,
daré un vistazo allá dentro,
no sea que madre é hija
anden al morro por zelos:
parece que estan en paz;
la chica guarda secreto.
Qué satisfecha está Paca!
la tonta se está riendo.
Pero qué arriscada está!
cómo maneja aquel cuerpo!
Conserva un ayre de taco,
que dará á qualquiera un perro.
Muy terrible es el amor,
por eso yo no le tengo.
Sale Pedro. Quedó la boda ajustada?
Matias. Despues de eso trataremos.
Cómo estamos de comida?
porque el relox de mi cuerpo
me dice que ya es la una.
Pedro. Si usté gusta comeremos.
Mat. Sabes que hay un convidado,
que será, segun yo creo,
la alegría de la mesa?
Pedro. Ahora sale usté con eso?
por qué no ha avisado usté?
Mat. Como no es de cumplimiento,
no me pareció del caso.
Pedro. Y quién es ese sugeto?
Matias. Tu hijo Pepe.
Pedro. Padre!... padre!...
Matias. No grites, que no hay remedio.
Pedro. No me exponga usté por Dios
á cometer un exceso:

no le quiero ver, ni oir.
Mat. Me ha echado á mí por empeño,
y yo he de quedar ayroso.
Qué vas buscando?
Pedro. El sombrero.
Matias. Para qué?
Pedro. Para marcharme.
Matias. No hay mas que marcharse?
Pedro. Temo
que haya en casa una desgracia,
y la habrá.
Matias. Pues nos veremos.
Pedro. Señor, eso es exponerme:
bien conoce usté mi genio,
y sabe usté que no mando
en mis ímpetus primeros.
Matias. Sujetarse, dominarse.
Pedro. Pero, padre, si no puedo:
tengo presentes sus vicios,
de sus maldades me acuerdo.
Despues de ser el escándalo
de América, quiere serlo
de Europa? Sin religion,
sin honor, de vicios lleno,
obscecado en la maldad,
echado por el Gobierno,
abandonado de un tio,
que se le llevó pequeño,
con qué cara se presenta
á su padre? Este es un nuevo
exceso, un nuevo delito,
que le hace dos veces reo.
Matias. Sea reo, ó no lo sea,
has de estrecharle en tu seno.
Pedro. Yo me voy, déxeme usté.
Matias. No te irás, ó reñiremos,
que ya me voy enfadando:
si no fuera digno de ello,
no protegiera su causa.
Estamos, Señor Don Pedro?
Ya voy por él.
Pedro. Mire usté
que de cólera estoy ciego.
Matias. No es tu hijo?
Pedro. Qué rigor!
Mat. Perico, ya no hay remedio. *Vase.*
Pedro. Una pistola, una espada....
voy á ver si aquí la encuentro. *Vase.*
Sale Matias. Vamos, vamos. *y José.*
José. Pero dónde?
Matias. Ya he descubierto el secreto.
José. Señor...
Matias. Arrodillate.
Perico, que aquí le tengo.
Sale Pedro con una espada en la mano.
Pedro. Dónde está el vil?
Matias. A tus pies.
Pedro. Dónde? Mas no quiero verlo.
Huye de mi vista infame,
no provoques mi despecho.
Matias. Hasta lograr tu perdon
no se levanta del suelo.
Pedro. Pues morirá.
Matias. Mátale.
Pedro. Hijo mio!
José. Padre! *Le reconoce y abraza.*
Matias. Cielos!
un éxtasis amoroso
les ha embargado el aliento.
No es bueno que con el gozo
de lágrimas me he cubierto!
Tambien lloran de alegría.
Pedro. Todo me parece un sueño:
que en Martin encuentro á Pepe,
y en un mal hijo uno bueno!
José. Hasta merecer, oh padre!

un nombre tan lisongero,
satisfaciendo mi culpa,
quise vivir encubierto.
Pedro. Mi padre bien lo sabia.
Mat. Porque me lo ha dicho hoy mesmo.
Ahora falta lo mejor.
Pedro. Pues qué falta?
Matias. Vuelvo, vuelvo:
vamos, que de dar la mano
al novio ya llegó el tiempo.
Cómo corre! pobre Paca,
que te vas á llevar perro.
Sale Francisca y Rafaela.
Franc. Con que ha de ser, hijo mio?
José. Así padre lo ha resuelto.
Franc. Entonces dame la mano.
Pedro. Qué trage es este? qué es esto?
Franc. Que se va á casar conmigo.
Rafaela. Hable usté por Dios, Abuelo.
Pedro. Sabes que ese es tu sobrino?
Franc. Que lo sea, qué tenemos?
en sacando la dispensa,
está el asunto compuesto.
Matias: Permíteme que esta vez
sea yo el casamentero.
Rafaela dale la mano.
Franc. Qué es esto? Yo soy primero.
Rafaela. Si ya se la tengo dada.
Franc. Mas sin mi consentimiento.
Matias. Se le darás de por fuerza,
y si no te pongo un pleyto.
Franc. Si querias á mi hija,
por qué admitiste mi afecto?
José. Yo le admití solamente
por razon del parentesco.
Franc. Que este chasco le suceda
á una muger de talento!
Rafaela. Usté se tiene la culpa.
Franc. Tienes razon, lo confieso,
y confieso que el amor
me ha trastornado los sesos.
Mat. A casarse. *Fran.* Y la dispensa?
Matias. En el despacho la tengo,
que como pensaba unirlos,
mandé por ella hace tiempo.
Rafaela. Con que ya soy tu muger?
Mat. Muchacha, qué estás diciendo?
Rafael. Pues qué no estamos casados?
Matias. Lo estaréis.
Rafaela. Que sea presto.
Matias. Hombre, vamos á comer,
que de hambre estoy que no veo.
Pedro. Vamos pues. El jóven loco,
que ha perdido su concepto
con su estragada conducta,
para cobrarle de nuevo
procure seguir los pasos,
procure tomar exemplo
del Hijo Reconocido;
pues ha demostrado al pueblo,
que si quiere el hombre malo,
puede pasar á ser bueno.

FIN.